

RICCARDO CAMPA

**EL PERFIL EUROPEO DE LA
CULTURA OCCIDENTAL**



1ª edición, 2015

© Riccardo Campa

© 2015, editorial Sindéresis
Calle Calatrava, 17 - 1º 8 – 28005 Madrid, España
Rua Diego Botelho, 1327 – 4169-004 Porto, Portugal
info@editorialsinderesis.com
www.editorialsinderesis.com

ISBN: 978-84-16262-02-1
Depósito legal: M-3531-2015
Produce: Óscar Alba Ramos
Printed by Publidisa
Impreso en España / Printed in Spain

Reservado todos los derechos. De acuerdo con lo dispuesto en el código Penal, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes, sin la preceptiva autorización, reproduzcan o plagien, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte.

ÍNDICE

PREFACIO	7
EL PERFIL EUROPEO DE LA CULTURA OCCIDENTAL	9
NOTAS	81
ÍNDICE ONOMÁSTICO	95

PREFACIO

La configuración de Europa como unión de poblaciones y concierto de idiomas es un proceso *in itinere* desde el final de la segunda guerra mundial por obra de Robert Schuman, Alcide de Gasperi, Konrad Adenauer.

El arreglo de los recursos intelectuales y materiales del área continental postula un sistema participativo –hasta ahora de veintiocho países– que propicia la propensión histórica como el expediente conceptual para «excogitar» la paz.

La Universitat Politècnica y la Universitat de València han promovido, en el mes de septiembre de 2014, la conferencia «El perfil europeo de la cultura occidental», en el marco de una actividad académica de relieve internacional.

Agradezco Antonio Colomer Viadel, un maestro del derecho internacional, y a Vicente Giménez Chornet, un reconocido estudioso de disciplinas sociales.

València, septiembre de 2014

R.C.

En la recopilación de ensayos sobre la *Religionssoziologie*, Max Weber sostiene la peculiaridad del desarrollo europeo como connotación orgánica del Occidente. El racionalismo se identifica en la consistencia lógica de la ciencia fundada en el experimento, que influencia, en correlación sistemática, el capitalismo dirigido a la obtención de ganancias mediante el libre ejercicio del potencial intelectual y material. El Occidente europeo se emancipa de la religiosidad «sectaria», de la mitología mística y de la ascesis ultramundana.

La Europa del siglo XIX no propende por la función consolatoria de la existencia comunitaria, sino por la conversión de las expectativas salvíficas en la empresa regeneradora de la condición humana. El nexo entre capitalismo racional y ética protestante no se presenta con tanta evidencia en la sociedad contemporánea, en la cual la persecución del bienestar puede implicar actitudes y propensiones no coordinadas con la lógica consecuencial. El Inmanentismo religioso disputa con la trascendencia tradicio-

nal una suerte de hegemonía operativa, que encuentra en la naturaleza mediante el laboratorio, adecuado a la búsqueda y al desarrollo de las mejores condiciones de vida para un creciente número de individuos. La ética económica del Japón de Tokugawa es la causante de la modernización de aquel gran país asiático. El confucianismo, el taoísmo ya no son el equivalente ideal del «jardín ideal», delineado por Weber. Por las mismas razones es problemático aceptar la concepción marxista de la producción asiática como una formación histórico-social antecedente, no solamente al capitalismo, sino al mismo feudalismo, no relacionado con la economía capitalista, que en cambio prevalece en la época contemporánea.

De hecho, la interpretación weberiana de una acentuada peculiaridad europea y por lo tanto occidental no tiene en debida cuenta la influencia de la cultura islámica (y, por su interacción, de las culturas china e hinduista). La misma discrasia se desprende de la historiografía ibérica con respecto a las culturas precolombinas del Nuevo Mundo¹.

El universo árabe permite el rescate del patrimonio cultural de la antigüedad. La Escuela de los traductores de Toledo es una plaza de inestimable valor por lo que se refiere a la permeabilidad del conocimiento sobre la base de diversos conductos

lingüísticos. El arte de la navegación y la industria de los armamentos constituyen los aspectos más calificadores de la tecnología europea, capaz de distanciar el nivel de vida entre las dos orillas del Atlántico y entre el Mediterráneo y las demás regiones del mundo. El adelanto de Europa con respecto a las otras sociedades es representado por la revolución industrial.

La preeminencia de Europa con relación a las diferentes regiones del planeta está fundada en la moderna ciencia de la naturaleza. El eurocentrismo, en cuanto vínculo de identidad, se contrapone con todas las otras formas de persecución del suceso económico y social, en donde hallar el progreso. La instancia evangelizadora de los misionarios en tierras americanas se despliega con pretensiones civilizadoras, convirtiendo simultáneamente los universos pánicos de las poblaciones extra europeas en profilácticas resistencias al cambio innovador. La constatación iluminista de la razón como patrimonio genético, diferenciada de las potencialidades interactivas de los otros seres vivientes, prorrumpe en la declaración de igualdad, libertad y fraternidad, contra las cuales se obstinan las manifestaciones arcaicas y recesivas de las formas de vida de las poblaciones denominadas paisajísticamente como naturales. Las guerras modernas se realizan bajo la insignia de una ideología de

tipo político, económico, militar. El colonialismo es la insurrección mediática del progreso, entendido como el terminal de la mutación genética y de la iniciativa empresarial. La descolonización europea en los territorios asiáticos y africanos denota la escasa liberalización contemplada por las potencias ocupantes. Albert Camus describe en *El Hombre rebelde* el anhelo de los pueblos subyugados por la ideología europeísta de actualizarla en versión independentista y autonomista. La «larga marcha» de Mao Zedong y la resistencia pacífica de Mahatma Gandhi son las dos manifestaciones de intolerancia frente al predominio europeo, destinadas a obtener distintos resultados, pero en perspectiva conciliables. El Cercano Oriente, caracterizado por las tensiones permanentes entre Israel y Palestina, encuentra relación con las guerras tribales africanas, en la contraposición racial entre las poblaciones indígenas y la colonización bóer o inglés. El rechazo con relación a Europa se despliega en el dualismo entre la tecnología occidental y las formas culturales tradicionales: estas últimas ennoblecidas con el rango de salvaguarda de la naturaleza (como en el caso de la selva amazónica) y como contrafuerte de las tradiciones y de las lenguas nativas (como en México, Venezuela, Perú, Bolivia y tantas otras conformaciones institucionales, implicadas en la dramática concatenación de los modernos reconocimientos políticos y de los arraigados sistemas de

asociacionismo étnico y comportamental). El sentimiento de culpa por las pretensiones civilizadoras se evidencia con dramaticidad al término de la segunda guerra mundial.

Después del desembarco japonés en Pearl Harbor, la defensa estadounidense ante el ataque totalitario del «eje» Berlín-Roma-Tokio, se realiza con la creación del «proyecto Manhattan», que consistía en la construcción de la primera bomba atómica, destinada a funestar, el 6y el 9 de agosto de 1945, el cielo y la tierra de Hiroshima y Nagasaki. La superioridad occidental, contenida durante milenios en la simbología del *miles* y del *sacerdos*, se convierte en la afrenta del fuego prometeico. Thomas Mann se refiere a esta atracción anacrónica cuando describe en el *Doktor Faustus* las sugerencias del protagonista, propenso a alejarse de la fe de los padres para dejarse socorrer por las fuerzas demoniacas para poner en música el Apocalipsis.

El tercermundismo es alimentado por el éxito de las revoluciones asiáticas y africanas (sobre todo por la guerra de Vietnam) y por el surgimiento del castrismo, como sostén para los desheredados de América Latina. La segunda guerra mundial marca la consolidación de la hegemonía estadounidense, no solamente en el sector del desarrollo económico, social y militar, sino también en la determinación y afirmación de los

derechos positivos de cada uno de los individuos y de las naciones. La instancia progresista de los Estados Unidos de América contrasta con las políticas de intervención económica, política y militar en las regiones del planeta, de las cuales extraer las materias primas, necesarias para el sustentamiento del inmenso aparato propulsivo bajo el perfil tecnológico y telemático.

El cardenal Ildefonso Schuster, que domina gran parte de la época totalitaria italiana y europea, sostiene que los Estados Unidos de América son los defensores y los herederos de la civilización occidental. Independientemente del multiculturalismo y de la multiétnicidad estadounidense, la presencia providencial de los contingentes militares de ultramar garantiza la reactivación y la consolidación de la tradición occidental. Después de la intervención del Plan Marshall, Europa, dividida en dos bloques, contiene a las otras regiones del planeta un rol salvífico, tanto bajo el perfil económico, como bajo el perfil comportamental y moral. El humanismo integral de Jacques Maritain y el existencialismo de Jean-Paul Sartre, Martin Heidegger, Nicola Abbagnano, son las corrientes ideales de la creatividad y de la modernización. Y es justamente este incentivo profético que vuelve disponible Europa para medirse con las otras regiones del planeta, movilizadas por las

ideologías progresistas y protestatarias. La globalización delimita el rol de actuación de Europa y relativiza sus aportaciones en el concierto del conocimiento y de la acción mundial. La deslocalización de la producción europea en áreas del planeta más favorables bajo el perfil económico vuelve a proponer el dualismo Norte-Sur y reedita el conflicto entre el capital (financiero) y el trabajo en los términos teóricamente deliberados como equitativos e ineludibles. El fundamentalismo religioso evidencia las disformidades económicas y sociales, existentes en el planeta, y vuelve plausibles (cuando no sacrosantas) las guerras que estallan en los territorios, en los cuales la injusticia y el sufrimiento, independientemente del aspecto religioso, se perfilan como categorías concretas, inmanentes, homologadas en el *ethos* general y difuso, favorecido por las organizaciones internacionales. La especificidad europea, propia del Humanismo y del Renacimiento, decae y es inviable, no tanto en el plano de los principios, cuanto más bien en el plano de la urgencia y de la causticidad existenciales. El relativismo cultural permite a los ordenamientos institucionales convertirse –según una complementariedad participativa– en partes integrantes de un único sistema institucional, dominado por la desigualdad y por la desproporción, que la tecnología tiende fatigosamente a reducir y a superar.

Las guerras contemporáneas, a pesar de las discrasias dialécticas que las caracterizan, invocan contradictoriamente la fidelidad al ideal unitario del género humano y a las peculiaridades de la identidad. La elegía del progreso interactúa en todas las tomas de posición dialécticas y comportamentales. Las diferencias históricas tienden a ser silenciadas o sacrificadas por el universo tecnológico homogéneo, publicitado como «fluido», de responsabilidad limitada.

Los límites físicos de Europa están continuamente sometidos a revisiones (mediante el recurso del referéndum popular) o a problemáticas modificaciones. Europa se presenta, cada vez más, como una entidad espiritual, que se relaciona con el patrimonio cognoscitivo, heredado por un concierto de pueblos y de tradiciones, capaz, al menos en perspectiva, de alimentar el deseo de traducir el progreso en bienestar y el rigor comportamental en álgida autodeterminación. Las fronteras territoriales se vuelven atributo del pasado, inapropiadas para resolver las problemáticas, consideradas por otra parte relevantes, en la España del siglo XX, por José Ortega y Gasset y aun antes por Karl Christian Friedrich Krause y sucesivamente por Jorsé Saramago. La «germanización de España», proclamada, en los primeros años del Novecientos, por el pensador español, no tendría sentido en la época de la secularización global. La europeización de la

Rusia de Pedro el Grande no encuentra correspondencia ni en Fëdor Dostoevskij, ni en Aleksandr Solženicyn. El eslavismo ruso es ya una versión del universalismo contemporáneo. Y, por el contrario, las corrientes migratorias africanas y asiáticas buscan en Europa el terminal de la propia fuga y de una desesperada demanda de socorro humanitario. Las fronteras de Europa pueden llegar más allá del Bósforo y, dejando de lado el recuerdo de las guerras persas y del enfrentamiento centenario con el imperio otomano (que, ya en el Setecientos, se apresta a fijar las propias tiendas en las cercanías de Viena), reconocer a la Turquía, laica, que forma parte de aquella entidad ecuménica, que las contingencias terrenas anuncian como un baluarte entre las estructuras económicas y sociales, que configuran el ordenamiento *in itinere* del planeta.

La migración mundial es una concreta y recurrente regeneración europea. Desde la caída del imperio romano hasta el Medioevo, las gentes, que animan Europa, le confieren una caracterización demográfica, lingüística y comportamental compleja y articulada, pero respondiente a aquella entidad fenoménica, mítica, didáctica, en la cual se identifican, modificándose, las diversidades. La integración de algunos grupos es de difícil realización y, sin embargo, la necesidad es bueno que se transforme en virtud. La

función clarividente de la Europa contemporánea es propedéutica de las ulteriores elaboraciones prácticas de la conducta de las poblaciones, que la vaticinan como preservadora de concordia y de bienestar colectivo. La debilitación de la especificidad europea no contrasta con el fundamentalismo islámico y, de algún modo, ni siquiera con el terrorismo. La composición étnica europea genera el conflicto étnico-religioso (como sucede en los Balcanes) de difícil control, en cuanto se desprende de la tensión social y de las instancias económicas y organizativas.

Europa no puede prescindir de su realidad histórica, en modo particular de aquella más remota y de aquella reciente. Se le debe a la visión de tres estadistas europeos: Konrad Adenauer, Alcide de Gasperi, Robert Schuman, la idea de convertir, mediante el subsidio de la tecnología, las causas de los conflictos endémicos, en propósitos de programas comunes operativos. La Ruhr y la Saar contraponen, en el pasado, Francia y Alemania, ocupadas en relevar, en las áreas recíprocamente fronterizas, los recursos energéticos (carbón y acero), con los cuales alimentar sus niveles de industrialización. La primera iniciativa de la Comunidad Europea es la firma de la CECA, la comunidad del carbón y del acero, y sucesivamente del Euratom, la comunidad atómica. La revolución inicial, destinada a eliminar las causas

de la beligerancia y a generar las condiciones para el desarrollo y la paz, se extiende progresivamente hasta constituir la Unión Europea, que comprende veintiocho miembros, regulada por una serie de acuerdos (monetarios, de libre intercambio, de libre circulación) y de ordenamientos normativos, fundados en los principios democráticos, participativos y solidarios. La primacía de Europa se encuentra ahora en las normas de acogida, de asistencia y de sostén. Por medio de estas categorías humanitarias se pretende preservar la importante carga creativa, destinada a salvaguardar la cultura mediante una interlocución graduada por la eficacia de la búsqueda natural. El anhelo de una sociedad «orgánica» comporta la aceptación de una *polis*, que haga coexistir, según un grado aceptable de inmanencia, las distintas prerrogativas de la fe, que en la edad contemporánea se revelan en su aspecto pretensioso y reivindicador. En tal contexto, el liberalismo debe afrontar el libertinaje y una suerte de fetichismo propagandista, que insidia el natural despliegue de las facultades creadoras y propositivas de cada individuo y de sus organizaciones normativamente instituidas.

La Europa contemporánea se declara a esta altura ajena a las relaciones de subordinación credencial, religiosa, que la han caracterizado en el pasado. La democracia liberal, el mercado, la justicia social, la

tolerancia religiosa, la racionalidad creadora y realizadora de la realidad constituyen las categorías explicativas de la autonomía política. La propensión a delinear la Europa contemporánea con la normativa supranacional es objeto de un debate continuo dentro del orden internacional, que profesa, por un lado, la tendencia a la visión de una amplia perspectiva liberadora de los vínculos de intolerancia del pasado y, por el otro lado, la evocación de individuales, letárgicas, cogniciones de sabiduría. La línea de demarcación entre estos dos frentes, aparentemente contrapuestos, pero de hecho correlacionados por el necesarismo empresarial, es representada por la tecnología que, por su misma esencia, tiende a uniformar el escenario de las interacciones sectoriales, ampliándolas y abriéndolas a la llegada de nuevos, extraordinarios, inventos mecánicos. La investigación científica y sus aplicaciones concretas satisfacen exigencias no necesariamente primarias, mientras alimentan arraigadas expectativas estéticas, lúdicas, que encuentran en la debilidad ética su dilemático asenso.

La doctrina social de la Iglesia católica, enunciada por León XIII en la encíclica *Rerum novarum* (1891), no responde ya a las expectativas de cuantos consideran que las necesidades no sean dissociadas de los deseos. El psicoanálisis, en su enunciación originaria de Sigmund Freud, reaviva, en clave remisiva, los

«complejos» de la existencia, ya presentes en la dramaturgia griega de los siglos que preceden la era cristiana. Los usos y costumbres, no encauzados ahora por el nexo entre la sexualidad y la procreación, promueven modelos de comportamiento contrarios a la tradición consolidada, que es criticada en cuanto «falsable».

La justa distribución de la riqueza se conjuga con los derechos sociales: con el derecho al trabajo y a la igualdad de oportunidades, a las formas de convivencia que contemplen la procreación asistida, el testamento biológico y la eutanasia. La discrepancia entre los derechos individuales y las trayectorias económicas del desarrollo genera focos de intolerancia, de transgresión que, normalmente, son sofocados por la intervención providencial de las instituciones públicas y privadas abocadas en obtener aquellas ganancias económicas, que las vuelve contemporáneamente atrayentes y hostiles.

La intuición de Raymond Aron², presentada durante el curso, dictado en la Sorbona, en 1955-56, con relación a la posible convergencia del sistema capitalista con el sistema comunista se verifica solamente en la China contemporánea. El aparato centralizador del ordenamiento burocrático y la versatilidad del mercado se revelan efectivamente, si no complementarios, por lo menos interactuantes a

los fines del éxito bajo el perfil económico y (relativamente) social. La convergencia de estos factores de la movilización empresarial y laboral promueve una osmosis interna e internacional, teniendo como objetivo la urbanización, la industrialización y la realización de nuevos estilos de vida, capaces de conferir a las diversas etnias, a las distintas poblaciones y a los ordenamientos institucionales una suerte de perspectiva existencial común, una *Weltanschauung*, que regenere la condición humana en su unidad.

Las dimensiones nacionales con el *escamotage* de la autarquía son inadecuadas para conferir potencialidades factibles a las previsiones tecnológicamente consideradas adecuadas al espíritu de iniciativa y a la inquietud de las generaciones, que se emancipan de las específicas perversiones totalitarias. El tratado de Maastricht de 1991, resultante de la caída del muro de Berlín (1989), potencia la Comunidad económica europea (en conformidad con el coeficiente orgánico de la CECA, 1951, e del Euratom, 1957) y promueve el parlamentarismo a sufragio universal, con el intento de extender el proceso de integración hacia los países del Este europeo. En 1979, el Sistema monetario europeo instituye el ECU, la virtual moneda comunitaria, precursora del euro, introducido en el 2001. El mercado europeo se mide con la economía norteamericana en una suerte de sinergia alusiva,

destinada a configurarse en inversiones de dimensiones diferenciadas.

La preponderancia tecnológica norteamericana constituye un desafío constante para la iniciativa empresarial europea, que se vale de su potencial creador para no desatender los incentivos nacionales. El «paraguas nuclear» de Estados Unidos priva a Europa³ de un autónomo contingente militar, condicionando de modo restrictivo su política exterior. La escisión de la Federación yugoslava en la multiplicidad étnica, que la compone, impone a Europa el deber de contener los enfrentamientos entre las formaciones partidarias de Tito y las milicias filonazistas de los «ustachas». La crisis de Bosnia y del Kosovo induce la intervención militar de la Unión Europea sin conseguir un resultado satisfactorio. La Unión Europea⁴, imposibilitada en el intento de compendiar las regiones que se extienden desde el Atlántico a los Urales, dirige sus intervenciones en las repúblicas bálticas, que se emancipan de la influencia rusa, y en Polonia, predilecta del pontífice Juan Pablo II.

Los medios de comunicación (sobre todo la televisión) uniforman, con los consumos, los modelos de comportamiento y la visión general del mundo. Europa⁵ administra con dificultad la herencia iluminista, fundada en las connotaciones genéticas y racionales de las poblaciones, que se asoman con